



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 2.º

JUEVES 12 DE MARZO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO

LA AGRICULTURA EN ESPAÑA, por Florencio Janer.—AMOR DE BOARDILLA, (Conclusion), por Emilio de Mozo Rosales.—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), por Jorge Augusto Sala.—LAS CATEDRAS DE LENGUA UNIVERSAL.—VIAJE POR MAR, canción popular de dinamarca de la edad media.—LA RELIGION DE LAS FLORES, por José C. Bruna.—EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del ruso, por Nicolás Gogol.—REVISTA DE MODAS, por Adela.—REVISTA DE TEATROS, por Bonifazio Stiffelio.—ACTUALIDADES.

LA AGRICULTURA EN ESPAÑA.

Entre las diversas naciones de Europa, ninguna como nuestra España ha reunido mayores elementos de riqueza y de prosperidad para la cultura de los campos y la explotación agrícola. Su posición geográfica, su configuración, sus climas, sus producciones, su situación económica y social, el carácter incansable de sus habitantes, todo ha concurrido para que fuera un país agrícola por excelencia. Aun esa variedad de climas, esa diversidad de territorios y de producciones que reúnen en sí las situaciones y los intereses de todos los pueblos, en vez de ser obstáculo á su desarrollo agrícola, la hubieran colocado por sí solos en envidiable altura, si, por otra parte, la ignorancia, el indiferentismo y los errores económicos no anulasen casi enteramente los frutos espontáneos con que nos brinda la naturaleza. Y en efecto, ¿qué otra cosa podríamos ofrecer con la historia en la mano, qué recuerdos enojosos de indiferentismo, de ignorancia y de errores económicos, lo mismo en el pueblo que en los gobiernos, al recorrer la vida agrícola del suelo ibérico? Desden para la nunca bien respetada clase labradora, ignorancia respecto de los intereses de las poblaciones rurales, que son las que constituyen casi el conjunto de la nacionalidad española, y medidas que en todas épocas han disminuido la producción agrícola en vez de fomentarla, disipando en vez de conservar los elementos que do quier brotaban

en favor suyo. Cuando no las medidas legales, cuando no las espulsiones en masa de gran número de agricultores, han sido las guerras extranjeras y las disidencias civiles, las que han concurrido para apagar en España el entusiasmo agrícola. En balde se hacía oír la voz de algunos buenos patricios; en balde los economistas y hasta los mismos labradores elevaban sus quejas al trono y á los poderes constituidos: se pensaba en todo menos en el fomento agrícola de nuestro suelo, mina inextinguible de toda clase de riquezas. Pensábase en guerras y conquistas, en viajes y descubrimientos, en bellas artes y en ciencias; pero no se pensaba en la manera de sostener nuestros ejércitos y nuestras armadas, ni en el modo de cubrir las necesidades de nuestros navegantes, de nuestros sabios y nuestros artistas, cuando todo podía producirlo la fecunda agricultura. La España era, en una palabra, agrícola por excelencia; pero tenía que mendigar vergonzosamente de fuera el sustento para sus soldados, sus artesanos y sus grandes hombres. ¡Cuán lejanos aquellos tiempos de que nos habla Cicerón, en que nada había mejor, mas abundante, mas dulce ni mas digno de los hombres ingeniosos y nobles que la agricultura! Ya no se ponderaba la felicidad de la labranza, como hizo Virgilio; ya no se ponderaba, como había hecho Platon, las ventajas y la nobleza del estado agrícola; ya no era la agricultura como deploró Plinio, la ocupación principal de los senadores, de los caballeros, cónsules y dictadores romanos. De nada servía que el Consejo Supremo de Castilla declarase á uno de los monarcas españoles que *los labradores son el estado mas importante de la nacion, porque ellos la sustentan, conservan y cultivan la tierra, y de ellos depende la abundancia de los frutos, y aun la contribucion de las cargas reales y personales*. Llegóse, en fin, á no estimarse la agricultura, no dándole la importancia que los romanos, cuyas mas ilustres familias tomaban los apellidos de las legum-

bres que sembraban: los Fabios de las habas; los Léntulos, de las lentejas, y los Cicerones de los garbanzos, viéndose á los mismos generales y emperadores cultivar la tierra y disponer los campos para la sementera.

Sin embargo, semejante abyección y vilipendio, después de haberse visto en otros tiempos enaltecida la agricultura como se merece, no podían ser patrimonio de la honrosa labranza en el siglo XIX; en este siglo que combate los errores antiguos, que rechaza las preocupaciones de la ignorancia y tiene la misión de vindicar los agravios que á los hombres y á las cosas han inferido los otros siglos. Hé aquí por qué hoy, si bien las familias ilustres no toman sus apellidos de los productos agrícolas como hacían los romanos, en cambio toman sus títulos de nobleza de sus granjas y de sus fincas rústicas; si no trazan por sus propias manos los plantíos y las eras como hacían en tiempo del emperador Teodosio, los Curios, los Coruncanos y los Fabricios, familias principales de Roma, construyen alquerías, reedifican las casas de campo y pasan en ellas los veranos, huyendo del bullicio y de los desengaños de la Corte. Todos vuelven los ojos á la agricultura, y hasta el mismo cúmulo de carreras científicas y literarias favorece su desarrollo, porque cuanto mayor es el número de los que á ellas se dedican, menos son las utilidades que reportan, abrazando el estado agrícola no pocos que de otro modo hubieran frecuentado las universidades.

La ignorancia y los errores económicos desaparecen á medida que la luz que por todas partes diseminan la discusión y los buenos estudios, inculca principios útiles, desarrolla fecundos pensamientos y hermana las ideas y los intereses de los labradores de todas las provincias. Dar al cultivo el mayor desarrollo posible, procurar á los propietarios agrícolas ó á sus arrendatarios los mayores beneficios y la disminución de riesgos imprevistos, mejorar, en fin, la condición de las clases agrícolas espuestas aun á graves contratiempos;

hé aquí á lo que tienden hoy todos los estudios, todas las medidas legales, todos los esfuerzos públicos y particulares. La agricultura española se basta ya á sí misma, y en el siglo XIX no verá repetir el ejemplo de que la España tenga que mendigar al extranjero todos sus productos agrícolas. Hoy los reglamentos agrícolas, las sociedades económicas, los bancos y cajas de créditos y de seguro, todo se reúne para levantar por completo de su decadencia á la agricultura, y demostrar á la Europa que si España es un país agrícola por excelencia, saben sus habitantes aprovechar las dotes con que la naturaleza ha enriquecido su suelo, elevando la suma de sus imponderables beneficios.

Por otra parte la mutualidad, base evangélica que lleva do quier el consuelo y la fuerza á las familias que por sí solas no podrían combatir los embates de adversa fortuna, sirve de manantial inagotable para asegurar la prosperidad de los campos á pesar de los mismos elementos. No importa que las escarchas, los hielos ó el granizo, los rayos ó los vientos, las lluvias ó las inundaciones, las plagas ó las sequías, inutilicen nuestras cosechas: merced á las mejoras sociales de nuestra época, gracias á la solaridad de todos los intereses; el labrador puede *asegurarlas* viendo compensadas sus pérdidas imprevistas por la hermandad que tiene contrada con sus compañeros de labranza. Reunámonos todos, han dicho los labradores, fundemos sociedades en que un pequeño sacrificio individual de cada uno de nosotros sirva para levantar de la miseria á aquel á quien la escarcha, la piedra, el oidium ó la oruga haya arrebatado en pocas horas el fruto de su trabajo y de su hacienda. Hoy quizá tendré que socorrer yo á mi vecino, auxiliado de todos los asociados; pero si mañana soy yo el que sufro la ira de los elementos; ¿con qué emoción de gratitud no recibiré en favor mio el sacrificio de todos?

FLORENCIO JANER.

AMOR DE BOARDILLA.

(CONCLUSION.)

Cayetano pensó que tanto valia el gallego como Juan Roquete con la diferencia que era mas agradable ver todas las mañanas un barril de sardinas que un estante de papelotes empolvados.

A las cinco de la tarde concluía su tarea, porque el principal decia que era mejor trabajar bien durante el día que gastar una libra de aceite durante la noche: así, pues, todas las tardes y todas las mañanas los dos vecinos de la calle de los Tres Peces, cambiaban una mirada significativa y algunas veces un inocente saludo.

Si Cayetano no hubiera sentido hácia Rita mas que una de esas efímeras simpatías, á las cuales se les da vulgarmente el nombre de capricho, no se hubiera contentado con un simple saludo, sino que le hubiera dicho con mucho aplomo:

«Vecina, la encuentro á usted muy linda, mi corazón está libre, y si usted no tiene inconveniente, desde hoy seremos novios; pero nuestro joven sentia por la bordadora un cariño respetuoso y sincero y no queria aventurar una declaracion imprudente que podia dar muy malos resultados.

Rita era una hija del pueblo, una humilde bordadora, pero en su rostro melancólico y noble se leía una elevacion de sentimientos que intimidaban al pobre escribiente.

Por fin un día empezó á pasearse por su boardilla y discurrió del modo siguiente:

Yo estoy enamorado de una muchacha trabajadora y virtuosa, pero esta muchacha no querrá escuchar mis protestas de amor, de modo que lo que debo hacer es cepillarme bien el gaban é ir á pedirla en matrimonio. Las mujeres escuchan siempre con deferencia una peticion de esta clase.

La idea le pareció tan buena que pensó po-

nerla en práctica al día siguiente: pero el día siguiente llegó y Cayetano volvió á pasearse tristemente por su boardilla.

—Se acordó que no ganaba mas que cinco reales diarios y que no debía sacar á Rita de su actual posicion para hacerla mas pobre aun.

Dos dias despues se acordó que innumerables obreros ganaban tambien cinco reales, y que sin embargo mantenian á sus familias, y se propuso imitarlos, pero bien pronto comprendió que el mal de muchos solo sirve de consuelo á los tontos y que debía renunciar á sus quiméricos proyectos.

¡Ay! renunciar á una vecina tan encantadora!

Rita por su parte comprendia el respetuoso amor de Cayetano, pero lejos de corresponder á él trataba de ocultar sus propios sentimientos bajo una máscara de indiferencia. Sin embargo, su vecino era para ella una de esas personas que sin tener ningun trato con nosotros llegan á ser el prisma por el cual ve nuestra alma todos los cuadros de la vida intelectual: no podemos pensar sin asociarlas á nuestro pensamiento, no podemos vivir sin que ellas participen de nuestra existencia. Se habia familiarizado de tal modo con la vida doméstica de su vecino, que le seguia mentalmente, contando sus pasos, sus movimientos, y tal vez... sus suspiros. Cuando le veia salir de su boardilla por la mañana, no podia reprimir un sentimiento de pena y de despecho, pero cuando el joven amanuense volvia de su trastienda de la calle de Hortaleza, la bordadora sonreía involuntariamente, sus dedos bordaban con mas agilidad que nunca y su corazón latia con violencia.

VI.

Dos meses despues:

Era de noche: el viento silbaba con fuerza contra las altas boardillas de la calle de los Tres Peces, y pardas nubes se agolpaban en el firmamento.

Cayetano se paseaba agitado por su estancia; de cuando en cuando abria su ventana y miraba con avidez la de la boardilla de Rita, por entre cuyas rendijas se escapaban algunos rayos de luz; despues prestaba el oido y permanecía en silenciosa observacion.

De pronto le pareció que una ráfaga de viento traía hasta su estancia un extraño ruido; pero el viento siguió su curso al través del espacio y todo quedó en silencio.

Cayetano volvió á pasearse, pero no bien habia dado algunos pasos cuando oyó distintamente un lúgubre gemido, corrió de nuevo á la ventana y oyó sollozar en la boardilla de Rita; entonces no vaciló por mas tiempo y se precipitó por la escalera con mas velocidad aun que de costumbre; llegó al portal, atravesó la ealle y subió corriendo al último piso de la casa de su vecina.

Como la escalera estaba á oscuras, se detuvo un momento para orientarse, entonces oyó de nuevo los sollozos que tan repentimente le habian hecho venir en auxilio de Rita, y guiado por ellos dió dos golpes en una puertecita situada en el fondo del corredor; pero como nadie le contestó entró tímidamente en la boardilla.

Los residuos de una vela de sevo que se apagaba poco á poco en el fondo de una palmaria de cobre, iluminaban con sus débiles rayos un cuadro de luto y de desesperacion: Rita, pálida y despeinada yacia arrodillada delante de un miserable lecho, en donde estaba estendido el cuerpo inanimado de su abuela. La pobre anciana acababa de dar el último suspiro entre los brazos del ser que mas la habia amado en el mundo, de su compasiva enfermera, de su adorada amiga.

Rita queria orar, pero el dolor estraviaba su razon y solo acertaba á decir estas palabras, interrumpidas por los sollozos.

—¡Muerta! ¡muerta!—Y estoy sola en el mundo, ¡Dios mio!—¡Muerta! ¡muerta!...

Al ver este dolor inmenso, desgarrador, Ca-

yetano que habia permanecido en la puerta, detenido por un temor respetuoso, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y que su pecho se oprimia hasta el punto de impedirle respirar; sin embargo, dominó su emocion; pero no encontrando palabras con que consolar á su vecina, se hincó de inojos á su lado y empezó á rezar con ella.

La bordadora clavó en Cayetano sus grandes ojos negros; y le dijo:

Ya es tarde, vecino, ya ha muerto... y la pobre jóven cayó casi exánime á los pies de la cama.

En este momento una vecina del piso tercero llegó á la boardilla, atraída por los sollozos de Rita, y comprendiendo que esta infeliz necesitaba descanso, trató de llevarla á su casa; pero la bordadora no queria separarse de aquellos restos tan queridos.

Entonces Cayetano se acercó á ella y le dijo con tono suplicante:

—Márchese usted, vecina, yo pasaré la noche velando:

—Rita bajó al cuarto tercero.

—Cayetano cumplió su palabra, velando á la difunta hasta las seis de la mañana.

Cuatro enterradores llevaron los restos de la pobre anciana al cementerio general de la puerta de Toledo.

El cortejo fúnebre se componia de un solo personaje que no tenia ni coche, ni títulos, ni riquezas, pero que sabia cumplir *las obras de misericordia*: era Cayetano.

VII.

Dos dias despues Rita, sentada delante de su ventana, bordaba como de costumbre; pero la palidez que cubria su rostro, sus párpados rojos é hinchados, su mirada ya fija y brillante, ya vaga y melancólica, indicaban el profundo dolor que oprimia su corazón.

Recordaba que en aquel mismo sitio habia pasado sus primeros años, sentada al lado de su abuela, que la enseñaba á orar, que en aquel mismo sitio habia empezado á ganar su subsistencia trabajando para las tiendas de la calle de Postas, y que en aquel mismo sitio, en fin, habia muerto el único ser que podia servirle de guia y de consejera desinteresada... despues pensaba en el porvenir... tenia que vivir entre aquellas cuatro paredes, sin que nadie consolara sus penas ni mejorase de modo alguno su triste posicion.

Ensimismada en estas tristes ideas Rita, habia ido elevándose lentamente á ese mundo intelectual en que los dolores del alma toman una forma visible y cruzan por delante de nuestros ojos como una jauria de fantasmas asquerosos y feos que nos muerden, nos arañan y nos cubren de luto, de sangre y de horror.

Sus dedos habian dejado de bordar la fina holanda que yacia á sus pies, y sus miradas vagaban inciertas por el espacio...

¡Cuán hermosa estaba en aquella actitud contemplativa!

En este momento Cayetano entró en la boardilla, y sin dar á Rita el tiempo necesario para saludarle, le dijo con voz trémula:

—Vecina, los pobres como nosotros, deben consolarse, pues el dolor del alma enferma el cuerpo, y si pierden la salud no pueden ganar su subsistencia. La pérdida que acaba usted de tener es irreparable, pero no está usted sola en el mundo, como cree. Yo vivo en la boardilla de enfrente: si necesita usted dinero disponga usted de mi sueldo; si algun miserable se atreve á ofenderla, llame usted y correré en su auxilio; por último, si se aburre usted en su boardilla, abra usted la ventana y deme usted los buenos dias: esto no compromete á nadie, me hará el mas feliz de los hombres.

Rita le contempló un instante en silencio, y luego le tendió la mano.

—Gracias, vecino, le dijo; si necesito de su proteccion le llamaré.

Cayetano, que no era indiscreto, se dió por muy satisfecho con aquella contestación, y bajó corriendo la escalera tan contento como si hubiera ganado un terno á la lotería.

Al entrar en el portal de su casa se encontró á Pirlimpinpin y le dió un puntapie tan decente, que le envió encima de la jaula de su ama, la gruñona portera, que por fortuna había salido en aquel momento.

Ya recordarán nuestros lectores que Pirlimpinpin solía participar de las grandes alegrías de Cayetano.

VIII.

El dolor no vive mucho tiempo con la juventud: Rita se fue consolando poco á poco de la pérdida de su abuela, y aunque no entonaba alegres canciones como en otro tiempo, el carmin había vuelto á sonrosar sus mejillas y dar nueva vida á su rostro. Sin embargo, Rita no era ingrata, pero el amor, si bien es siempre un sentimiento tiránico y esclavista, es al mismo tiempo un bálsamo bienhechor que cicatriza en poco tiempo las heridas del alma.

Esto quiere decir que Rita no era indiferente al sincero cariño de su vecino; que los dos amantes se habían jurado una fidelidad eterna y que solo esperaban que su posición financiera cambiase para realizar sus mas dulces esperanzas.

No obstante, Cayetano, guiado siempre por ese noble y generoso sentimiento que solo el verdadero amor sabe inspirar y al que daremos el nombre de prudencia, no había vuelto á entrar en la boardilla de Rita; hablaba con ella desde su ventana y las suaves brisas de la mañana y los silenciosos espíritus de la noche eran los mudos testigos de aquel amor de boardilla.

Una mañana atravesaba Cayetano la plazuela de Provincias cuando sintió que le daban una palmadita en el hombro, volvió la cabeza y se encontró frente á frente con su antiguo amo, el digno procurador Juan Roquete. Como nuestro joven estaba de buen humor y no guardaba rencor á nadie, se alegró sobre manera de este encuentro y le hizo una cumplida reverencia.

—Por fin te encuentro, mala cabeza; dijo el procurador.

—¿Qué quiere usted? respondió Cayetano dándose importancia; estoy tan ocupado.

—¿Sí, eh? ¿y qué haces?

—Soy tenedor de libros de un comerciante; pero el escribiente se guardó muy bien de añadir: de un comerciante que vende sardinas de Laredo y manteca de Asturias.

—Con que tenedor de libros; ¡es singular! nunca creí que fueses capaz de sumar dos partidas sin equivocarte.

—Pues mi principal está muy contento conmigo.

—¿Y cuánto ganas?

—Cinco reales, dijo Cayetano mirando descaradamente á Juan Roquete, como para recordarle que él no le daba en otro tiempo mas que una peseta.

Pero el procurador se rascaba la barbilla con aire pensativo y miraba á su amanuense á hurtadillas: por fin rompió el silencio y le dijo:

Muchacho: has sido siempre un poco aturdido, pero al mismo tiempo honrado é inteligente, y aunque te empeñastes en salir de mi estudio, no por eso he dejado de acordarme de tí.

El procurador volvió á pellizcarse la barbilla y á mirar á Cayetano; luego prosiguió.

—Tú tienes buena letra, sabes las cuatro reglas y eres honrado; de modo, que á falta de otro recomendado, puedo ofrecerte una canongía.

—¿Canongía! respondió Cayetano estupefacto.

—Un amigo mio acaba de ganar un pleito y con el pleito una hermosa hacienda en Andalucía; pero él no puede cuidar sus tierras,

porque desempeña un alto destino en la corte y desea poner al frente de ellas un administrador fiel, al que señalará 5,000 reales de sueldo. Tú no sabes una palabra de agricultura, pero llevarás las cuentas en regla, con que mira si te acomoda esta colocación, y si es así, acompáñame á casa del propietario, y es cosa hecha.

—¿Que si me acomoda! exclamó Cayetano, que si me acomoda tener 5,000 reales de sueldo, y el pobre joven no pudo concluir, pues las lágrimas inundaron sus ojos y se arrojó entre los brazos del procurador, dándole tan fuertes apretones, que este honrado funcionario tuvo que amenazarle con no darle el empleo, para poder desasirse de entre sus brazos.

Aquel mismo día recibió Cayetano la credencial de manos de su nuevo amo, el cual no tuvo inconveniente en nombrarle su administrador, atendida la eficaz recomendación del procurador Juan Roquete. Ya con este precioso documento en el bolsillo fue nuestro joven á despedirse de su ex-principal de la calle de Hortaleza, al que halló muy ocupado en pesar un fardo de bacalao truchuela.

—Querido principal, le dijo Cayetano al entrar, vengo á despedirme de usted.

—A despedirte, exclamó el comerciante limpiándose el sudor que inundaba su frente, con un faldon de la levita: ¿pues á dónde vas?

—Me marchó de la corte, he dispuesto de mi p'uma, gané 5,000 reales anuales y tengo á mis órdenes muchos criados.

—¿Muchacho, tú te has vuelto loco!

—Querido principal, buena fortuna y hasta mas ver. Dichas estas palabras, Cayetano hizo una ligera inclinación de cabeza y desapareció.

Por la primera vez de su vida, el feliz amanuense compró aquel día un cigarro de cuatro cuartos, lo encendió, se puso el sombrero de medio lado, y entró en la calle de los Tres Peces tarareando el himno de Riego.

IX.

En el Mediodía de España hay una aldegüela, cuyo campanario se eleva sobre las verdes copas de un inmenso bosque de castaños, cuyas blancas y rústicas casas se reflejan sobre las cristalinas aguas de un arroyo.

Esta aldea se llama Fuente-Heridos.

Allí, bajo un cielo purísimo, los campos están cubiertos de una delicada alfombra de silvestres flores; vandadas de alegres pajarillos pueblan los aires, y el eco de los bosques repite sus armoniosos gorgoros; el esquivo corzo y la tímida cervatilla corren felices por el desierto valle, y la paloma torcaz se abate con la rapidez del rayo sobre la clara fuente que nace entre el hueco de las rocas.

La tarde es apacible; el sol desaparece lentamente en el ocaso y el viento impregnado de mil suaves perfumes, murmura entre las ramas de los castaños seculares.

Un hombre y una mujer, vestidos con el traje sencillo y gracioso del país, suben lentamente una cuesta: al llegar á la cúspide de la montaña, se paran y contemplan en silencio el hermoso cuadro que se presenta á sus ojos.

En el fondo del valle está Fuente-Heridos, á la derecha se elevan una tras otra las gigantes cumbres que sirven allí de frontera á Portugal, y hacia el Norte se distingue un horizonte inmenso que se pierde entre los blancos vapores de la tarde.

Después de un momento de muda contemplación el joven dijo á su linda compañera:

—¿Ves aquella nube imperceptible?

—¿A dónde?

—Allá... Allí... hacia el Norte.

—Sí, respondió la joven.

—Pues bien, debajo de aquella nube está situada una gran ciudad, en donde se gasta mucho oro para comprar muchas lágrimas.

La joven palideció y exclamó con terror.

—¿Oh! no me recuerdes Madrid.

—¿Ingrata!... ¡ingrata! le respondió su compañero con acento de dulce reconvención; tan pronto has olvidado la cuna de nuestros amores.

—Nunca, esposo mio, nunca, respondió la linda aldeana, apoyando su hermosa cabeza sobre el hombro del joven.

Estos dos seres que encontramos en el alto de una montaña, son Cayetano y Rita.

¡Oh, mundo!

Así el huracán de la vida sabe arrancar las solitarias plantas que nacen en el páramo del dolor para trasplantarlas en los frondosos campos de la dicha.

EMILIO DE MOZO ROSALES.

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO (1).

(TRADUCCION DEL INGLES)

I.

DESDE LA TORRE DE LONDRES HASTA ROTTERDAM.

Los días que quedaban del mes de agosto podían contarse por los tres dedos últimos de la mano de un hombre y positivamente no había nadie en Londres, ni un alma siquiera; todo el mundo se había marchado de la ciudad; cuando digo todo el mundo y nadie, debe entenderse desde luego que los 2.000.000 poco mas ó menos de individuos que figuran en ciertos registros generales y que pueden salir anualmente de la ciudad como acostumbra á hacerlo, son las personas á quienes aludo al decir nadie. No había nadie en el Parlamento, nadie en Whitehall, nadie en ninguna parte.

Estas pocas palabras servirán para manifestar cuán desierto estaba Londres. Fuera de la ciudad había gente por todas partes; Brighton estaba lleno; Hactings rebosaba; en una multitud de puntos no se encontraba ni aun una cama en que acostarse; la sangre de Inglaterra se había retirado del corazón y corría con un ardor febril hacia las estremidades. Sin embargo, sobre las poderosas orillas del Támesis el corazón conservaba aun con bastante regularidad sus gigantescas pulsaciones.

Una multitud de trenes, barcos de vapor para escursiones de placer de toda clase y á todos los puntos de la Europa continental, anunciaban rebajas en los precios de transporte y otras ventajas; pero aunque todo el mundo parecía inclinado á embarcarse, nadie lo hacía. Los dueños de casas de huéspedes de Boulogne, los propietarios de los cafés restaurants, de los baluartes de París y todos los que tienen fondas desde Calais hasta Civita-Vecchia, desde Colonia hasta el lago de Constanza, murmuraban y cruzaban las manos. Los cocineros derramaban lágrimas al ver sus cacerolas vacías y las criadas consideraban tristemente las camas ya hechas, pero que no tenían necesidad de hacerlas de nuevo, y los camareros se paseaban silbando y sintiendo la falta de gente que los llamara; pero todo el mundo repetía entre dientes la ominosa palabra «pasaporte.» La dificultad del pasaporte estaba haciendo la fortuna de los deliciosos puntos de baños en Inglaterra, y el lord inglés era una rara avis en el continente.

En esta estación en que está paralizada la vida social sucedió que tres individuos, á los que una vez por todas quiero bautizar con los nombres de el hombre gordo, el hombre flaco y el hombre de la caja de hierro, después de hostezar terriblemente arrojaron todos los periódicos diarios y semanales que tenían á la mano y declararon estirando sin ceremonia alguna los brazos, que no había nada de parti-

(1) Jorge Augusto Sala, escritor de mucha reputación en Inglaterra donde sus obras son leídas con avidez. Aunque criado en Inglaterra y no escribiendo mas que en inglés, Sala es hijo de un italiano y de una americana.



Puente en Rotterdam.

cular en los papeles públicos asegurando que morían de tedio. El hombre gordo declaró lisa á Southend que no tiene mas que la arena y la sociedad, á Underdiff... es la vida de un hombre; vamos desde luego al continente y todo lo mas lejos que podamos.

y llanamente que no queria permanecer allí; el hombre flaco empezó á examinar en los rincones apartados, los mapas, los guías de viajeros y los anuncios de ferrocarriles y de vapores, de un modo oculto y escudriñador, y el hombre de la caja de hierro manifestó su intencion de emigrar á los antipodas y no volver hasta que hubiera llegado á ser corregidor de Melbourne, á menos que no se decidiera prontamente entre ellos hacer un viaje de tres semanas al continente.

El hombre gordo, que se había casado hacia poco, estaba en la luna de miel, era modesto en sus miras, y llegó á indicar como punto de su escursión Pegwell Bay, lo que escitó una exclamacion de burla.

Allí tendríamos una cabalgadura, pan, manteca, y mariscos, cosas que tenemos con abundancia en Londres, dijo en tono sarcástico el hombre flaco haciendo sonar algunas monedas en su bolsillo, cuyo ruido hizo estremecer al hombre de la caja de hierro.

—Bien, replicó el hombre gordo, podemos ir á Herne Bay que no tiene mas que el muelle;



La beldad y su hermana.

—¿Pero y los pasaportes? exclamó el hombre gordo.

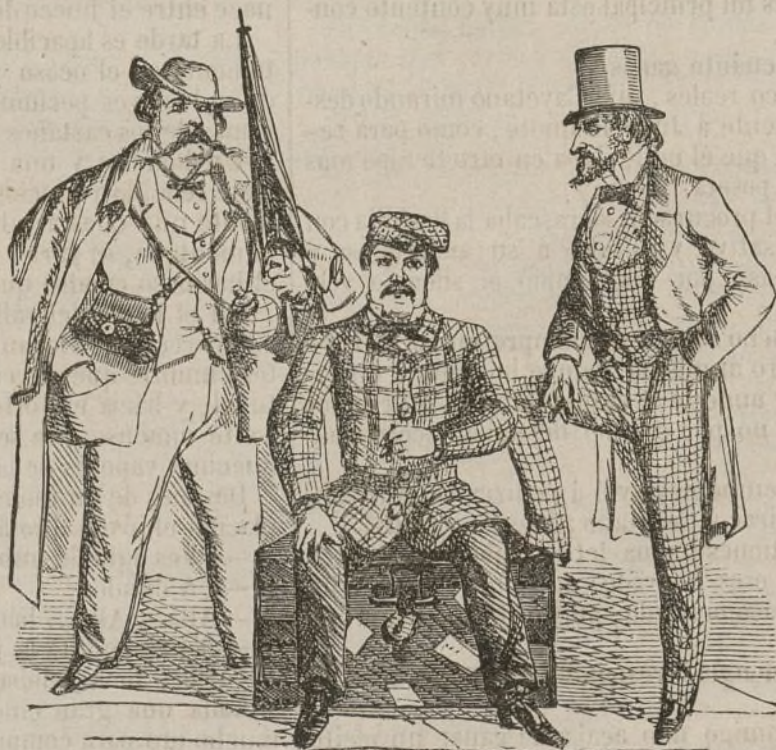
—Los pasaportes! replicó el hombre de la caja de hierro, que era notable por la vehemencia democrática de sus opiniones políticas y que se lamentaba siempre de la pobreza, ¿no somos todos conocidos personalmente del conde de Malmesbur y no tenemos todos banqueros?

Esto era definitivo; se decidió una escursión al contingente, y el único punto que quedó por decidir fue el pais que debía ser honrado con la presencia de los tres viajeros. El hombre gordo, desechando completamente todas las influencias interiores, determinó ser un alegre vagabundo por espacio de veintinueve días y dió á entender con placer que seria bueno ir por el Mediterráneo. El hombre flaco dijo con calma que habia estado considerando la facilidad de proteger á la compañía de navegacion de vapor peninsular y oriental con Malta por término de su viaje, pero que temia que no hubiera bastante tiempo de hacerlo, porque decia, debemos á la ida ó á la vuelta entrar en Nápoles.

Tenemos tres semanas delante de nosotros, gritaron las partes contrarias, y tres semanas



El hombre gordo en el puente del Batavia.



El hombre gordo, el hombre flaco y el hombre de la caja de hierro.

Habiéndosele preguntado su opinion al hombre de la caja de hierro, la dió con alguna dureza. Dijo que en primer lugar deseaba ir á Jericó; desde allí sus dos amigos podían ir á Houg-kong, porque él tenía capricho de visitar Typee ú Omoo, si estas celebradas islas (siempre que lo fueran) descritas por Mr. Her-

man Melville, existían realmente. Si esto era impracticable, quería visitar Bucharest, porque había oído decir que allí se podía ir á la ópera italiana por cuatro peniques y medio, y porque tenía mucha curiosidad de ver un hospodar vivo. Por último manifestó su completa conformidad de ir á cualquier parte de la

Europa que se determinara esceptuando solamente la ciudad italiana de Bérgamo, que le era aborrecible, según dijo por varias razones. En esto el hombre flaco, aclarando su voz, pronunció estas notables palabras:

—Por el Rhin.

—Pero nosotros le hemos recorrido arriba y



Modas de la estacion.

abajo, murmuró el hombre de la caja de hierro (que poco antes decía que se hallaba dispuesto á acceder á todo) y uno de nosotros con demasiada frecuencia.

—Pero el Rhin, yendo por Rotterdam, replicó el hombre flaco.

—Hay algo en ello que merezca la pena, dijo el hombre de la caja de hierro; no he estado nunca en Rotterdam.

—¡Rotterdam! gritó con entusiasmo el hombre gordo; vamos á Rotterdam; debe de ser un punto extraño. Figuraos solamente los verdaderos quesos holandeses brillando en todo su lujurioso esplendor bajo su cielo natal.

—Deben crecer en los árboles, murmuró el de la caja.

—No crecen en los árboles, contestó con mucha naturalidad el hombre gordo; pero digo otra vez que vayamos á Rotterdam; debe ser inconcebiblemente alegre; yo he estado en Zelanda y he visto algo de la Holanda. Todo os gustará, niños y niñas holandesas, pescados

holandeses, bebidas holandesas y campanas holandesas.

—¿Y metal holandés? preguntó el hombre flaco.

—Y metal holandés si queréis. No nos detendremos allí mas que un día, pero veremos los burgo-maestres, las galeotas y los diques. ¿Quién sabe si con nuestra facilidad para aprender idiomas no volveremos hablando el holandés? ¡Qué triunfo sería este sobre nuestros amigos clásicos! Vayamos á Rotterdam, hijos míos.

—¿Y de allí?

—De allí, dijo el hombre flaco hablando del mismo modo que si levara con una guía de caminos de hierro en la mano, por lo menos desde allí iremos á Utrecht y á Emerick en la frontera de Prusia, ya sabéis; luego á Colonia, acordados de los tres reyes y de las once mil vírgenes.

—¡Ah! exclamó el hombre de la caja de hierro.

—Dormiremos en Colonia ó en Deutz, donde querais, á la mañana siguiente, tomamos el vapor Rhin y pasamos el día entero entre los paisajes magníficos de aquel hermosísimo río. Llegaremos á Maguncia por la noche; al otro día atravesamos el puente de barcas de Castel, y luego vamos por el camino de hierro á Francfort sobre el Mein.

—Francfort sobre el Oder, dijo el hombre gordo.

—Hay Francforts y Francforts, continuó diciendo el hombre flaco, y este es sobre el Mein; la espléndida ciudad de Francfort, la casa de Rothschild, la iglesia de San Pablo, la Ariadna de Danneker y la calle de los judíos...

—Y la lotería de Francfort, observó el hombre de la caja de hierro. Yo tuve un billete una vez y debía haber ganado un castillo arruinado sobre el Rhin y el título de barón nada mas; pero siempre era algo.

Así, pues, quedó convenido el viaje por el Rhin tal como acabamos de describirle, y la

primera parte de él debía ser como estaba anunciado desde el muelle de Santa Catalina frente á la Torre de Londres, por vapor recientemente á Rotterdam. Es malo hacer un largo viaje por mar, decía el hombre gordo que no habia probado lo que es marearse, pero sus compañeros, que no eran mejores marinos, se burlaron de él diciéndole que aunque se marease le sentaría bien. Partieron, pues, los tres juntos prometiéndose traer tan poco equipaje y tan buenos espíritus como fuera posible, nombrando unánimemente tesorero al hombre flaco, secretario y tenedor de libros al hombre de la caja de hierro y al hombre gordo auditor durante la expedición.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.

LAS CATEDRAS DE LENGUA UNIVERSAL.

Aun cuando el éxito que en el curso pasado obtuvieron las esplicaciones que sobre lengua universal dieron en el Ateneo los señores Mata y Gisbert, nos hacia esperar que en el curso presente se consiguiera análogo resultado, hemos querido de intento dejar pasar algun tiempo antes de ocuparnos de ellas en nuestro periódico.

Siete lecciones lleva dadas en el Ateneo el señor Gisbert, y en ellas ha espuesto las bases primera y segunda del nuevo idioma y lo ha hecho con tal lucidez y tal copia de datos y tal fuerza de razones, que insensiblemente lleva el convencimiento al ánimo de sus oyentes. La lengua del señor Sotos se presenta allí como un real y positivo, tal y cual puede apetecerlo el mas escéptico y el mas incrédulo.

Cuando el señor Gisbert espuso el alfabeto y la posibilidad de uniformar la pronunciación, cuando despues ha ido esponiendo en detalle algunas esplicaciones de la lengua universal, á las nomenclaturas científicas, se han observado en el público unas muestras tan esplicitas de asentimiento, que han debido satisfacer muy mucho por un lado al autor del pensamiento y por otro al orador que tan cumplidamente sabe interpretarlas.

A la vez que en el Ateneo, se dan segun sabemos lecciones prácticas en la Secretaría de la Sociedad, dirigidas por el señor Lorrío, cuyos discípulos han hecho notables adelantos en corto espacio de tiempo.

Nos atrevemos á alentar á las personas que á tanta empresa se han consagrado y les aconsejamos que no desistan de su empeño, pues no puede estar lejano el día en que los gobiernos siguiendo el impulso de la opinion, tomen en consideración ese invento y contribuyan á desarrollarle con poderosos auxilios.

VIAJE POR MAR.

CANCION POPULAR DE DINAMARCA DE LA EDAD MEDIA.

Pedro se peina y riza el cabello, va á casa de su nodriza y le pregunta de qué muerte debe morir.

—No morirás enfermo en tu cama; tampoco morirás en medio de la batalla, pero guárdate de las olas del mar y cuida que no te quiten la vida.

—Ya que no moriré ni en mi cama ni en la batalla, nada me importan las olas azules.

Pedro se va á la orilla del mar y manda que le construyan un barco sobre la misma arena azul.

Le hacen el barco y todos sus palos con huesos de ballena, y el pabellon de encima es de oro brillante.

—Bebamos hoy, que aun tenemos cervezas mañana iremos por los mares en busca de botín.

El capitán y el piloto con su barco dejan la tierra y se olvidan de Dios Padre, de Dios Hijo y del Espíritu-Santo.

Navegan largos días; navegan un año por el

mar impetuoso, y cuando ya llegan al sitio mas profundo, los árboles de la nave se rompen.

Pedro coge sus dados y los echa sobre la mesa.—Dejemos que la suerte nos diga cuál es el mas pecador de todos.

Y la primer vez que los dados ruedan sobre la mesa, la suerte cae sobre Pedro, el hijo del rey.

Y la segunda vez que los dados ruedan sobre la mesa, la suerte cae sobre Pedro, el hijo del rey. Y lo mismo la tercera vez.

—Puesto que estamos tan lejos de la tierra, y que aquí no hay ningun sacerdote, pongámonos de rodillas al pie de los árboles del barco y confesémonos.

Pedro de rodillas va á confesarse, lo cual le es muy costoso.

—He robado las iglesias, he quemado los conventos, he deshonrado á muchas jóvenes inocentes.

He vagado por los mares matando y robando, y algunos hombres de bien han muerto á mis manos.

Si Dios me ayuda hasta llegar á tierra, le levantaré una iglesia sobre la blanca arena.

Si Dios me ayuda á volver á mi casa, le levantaré una iglesia que cubriré toda de plomo.

Si alguno de vosotros llega á tierra, cuando mi nodriza pregunte dónde estoy, decidle que sirvo en casa del rey y que soy hombre honrado.

Si alguno de vosotros llega á tierra, cuando mi amada pregunte dónde estoy, decidla que estoy en las olas azules, y rogadla que no me olvide.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, arreció la tempestad y la nave se hundió en el abismo.

LA RELIGION DE LAS FLORES.

Derramando consuelo
la religion cristiana
envuelta en blanco velo,
y con la pura luz de la mañana,
bajó del cielo.

Las elegantes flores,
que tímidas abrian
sus cálices de olores
y en cambio dulces trinos recibian
de amantes ruiseñores.

Cuando bajar la vieron,
su gracia reclamaron
y su gracia obtuvieron,
pues cuando de espresarse terminaron
estas frases oyeron:

—«Si de Cristo los favores
conserva la humana historia,
no se encuentra memoria
en la historia de las flores.»

»Y pues religion quereis
y mi amparo reclamais,
bellas flores no temais
que ya religion tendreis.»

Así á las flores dijo y sembró luego
una pequeña rama que besó;
con purísima sangre le dió riego
y á los cielos voló.

Cerró la noche; á la siguiente aurora
ya las flores tuvieron religion;
adorando el misterio que atesora
la Rosa de pasion.

JOSÉ C. BRUNA.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSSO.

Los filósofos y los teólogos buscaban algun auxilio, es decir, trataban de dar lecciones á los hijos de las familias ricas del país y recibian por premio de su trabajo un par de botas nuevas ó

un caftan algo usado. Toda esta canalla echaba á andar en comunidad para comer juntos y dormir en los campos; cada uno de ellos llevaba consigo un morral que contenia una camisa y un par de medias. Los teólogos especialmente se distinguian por su economía; para no usar sus botas las colgaban de un palo que se echaban al hombro, sobre todo si habia lodo, se remangaban su ancho pantalon hasta la rodilla y se metian intrépidamente por medio de los lodazales. Asi que percibian algun pueblo en el horizonte, abandonaban el camino real, y colocándose en fila delante de la casa que tenia un aspecto mas respetable entonaban algun canto religioso en voz bastante alta para ensordecer á los habitantes mas viejos. El dueño de la casa que era algun anciano labrador cosaco los escuchaba un largo rato teniendo la cabeza apoyada en sus manos; despues suspiraba profundamente y decía á su mujer.

—Mujer, lo que están cantando esos estudiantes parece muy edificante; dalos algun pedazo de tocino y todas las sobras de la comida que acostumbamos á guardar.

Inmediatamente una gran cesta de men-drugos era vaciada en el morral de los estudiantes, acompañada de una vejiga con manteca, algun pan de centeno y á veces hasta alguna gallina atada por las patas. Despues de tal fortuna, gramáticos, retóricos, filósofos y teólogos continuaban alegremente su camino. El número de los primeros iba disminuyendo poco á poco, hasta que al último no quedaban mas que aquellos cuyas casas estaban muy distantes de la ciudad.

Un día durante una jornada de esta clase, tres estudiantes dejaron el camino real para ir en busca de provisiones á la primera aldea que encontraran porque hacia ya largo tiempo que sus sacos estaban vacíos. Estos tres estudiantes eran el teólogo Haliava, el filósofo Tomás Bruto y el retórico Tiberio Gorobetz. El teólogo era un hombre de alta estatura, ancho de hombros y de un carácter muy singular. Tenia la costumbre de apropiarse todo lo que encontraba en su camino; era de un carácter sombrío y cuando estaba borracho se ocultaba en los bosques mas espesos donde las autoridades del colegio tenian gran dificultad en cazarle. El filósofo Tomás Bruto era de carácter alegre, aficionado á estar en la cama y á fumar su pipa. Cuando estaba borracho jamás dejaba de pagar á algun músico ambulante para que tocara mientras él bailaba el *tropak*; muchas veces recibia la *medida de guisantes gordos*, pero lo soportaba con una indiferencia estóica diciendo que sucedia lo que habia de suceder. En cuanto al retórico Tiberio Gorobetz no tenia aun el derecho de llevar bigotes, de beber aguardiente, ni de fumar pipas. Su cabeza redonda estaba cubierta de un pelo ordinario que no tenia un color particular, pero á juzgar por las grandes señales de golpes en la frente con que llegaba frecuentemente á la cátedra, se podia augurar que con el tiempo seria un excelente guerrero. El teólogo Haliave y el filósofo Tomás en señal de su alta proteccion le cogian muchas veces por los pelos y le despachaban con un puntapié á evacuar sus encargos.

Era ya tarde cuando dejaron el camino real; el sol acababa de ponerse y el calor sofocante de un día de verano parecia ser mas pesado en la oscuridad. El teólogo y el filósofo caminaban en silencio fumando sus pipas; el retórico Tiberio iba abatiendo con su baston las cabezas de los cardos y de otras plantas que estaban al lado del sendero. Este sendero que era muy estrecho daba vueltas alrededor de los grupos de encinas y nogales que habia en la pradera. Pequeñas colinas verdes y redondas como cúpulas de iglesias se levantaban aquí y allí. Los estudiantes habian visto por dos veces campos de trigo, lo cual probaba que no estaban lejos de algun pueblo, pero hacia ya mas de una hora que los habian pasado, y sin embargo no se veia casa alguna.

La última parte del crepúsculo tenia el cie-

lo de un color oscuro y el resplandor rojizo comenzaba á palidecer en el ocaso.

—¡Qué diablo! gritó el filósofo al fin, yo creí que estábamos tocando ya con un pueblo.

El teólogo no dijo ni una palabra, recorrió el horizonte con una mirada, puso su pipa entre los dientes y los tres continuaron su marcha silenciosa.

—¡Por mi alma! dijo el filósofo deteniéndose de nuevo, el diablo me lleve si puedo ver nada.

—Tal vez le hallaremos mas adelante, dijo el teólogo sin dejar su pipa.

Sin embargo, llegó la noche que era muy oscura; algunas nubes espesas aumentaban la oscuridad, y segun todas las apariencias no habia que contar ni con luna ni con estrellas.

Los estudiantes acabaron por advertir que se habian extraviado y que durante algun tiempo habian estado fuera del camino que debian seguir. Después de haber tratado de buscar el sendero el filósofo exclamó súbitamente:

—¡Buena cosa! ¿dónde está el camino?

El teólogo estuvo reflexionando algun tiempo, y despues dijo:

—En punto á hechos verdaderos, la noche es oscura.

El retórico que iba á su lado se dejó caer de bruces y arrastrándose alrededor trató de descubrir el sendero, pero sus manos no encontraron nada que le indicara. Alrededor de ellos se extendia la inmensa estepa donde parecia que ningun carro habia dejado jamás surco alguno. Los estudiantes trataron de hacer nuevos esfuerzos para continuar adelante, pero la comarca se hacia cada vez mas agreste. El filósofo trató de gritar, pero su voz se esparcia perdiéndose en la atmósfera. Solo algunos minutos despues oyeron algo semejante á un gemido que parecia el ahullido distante de los lobos.

—¿Qué haremos? dijo el filósofo.

—¿Qué? replicó el teólogo, debemos detenernos aquí y pasar la noche en los campos.

Dicho esto se metió la mano en el bolsillo para sacar la piedra y el eslabon y volver á encender su pipa. Pero el filósofo no podia acceder á tal determinacion, porque tenia la costumbre de tomar antes de acostarse una buena racion de pan y de tocino y sentia un vacío insoportable en su estómago; además á pesar de su carácter jovial, el filósofo tenia algun temor á los lobos.

—¡Oh! no, Haliava, no lo haremos así, dijo. ¿Qué? ¿nos hemos de ir á la cama como si fuéramos perros sin tomar un bocado? Probenos otra vez; acaso encontraremos alguna casa por fin y quien sabe si tendremos el consuelo de beber un vaso de aguardiente antes de que nos echemos á dormir.

Al oír la palabra aguardiente, el teólogo escupió hácia un lado añadiendo:

—Es verdad, no debemos detenernos aquí.

—Los estudiantes echaron á andar nuevamente y con gran alegría oyeron á lo lejos el ladrido de un perro. Despues de haber escuchado atentamente con el fin de dirigirse al punto de donde venia esta voz, para ellos tan agradable, avanzaron de un modo mas decidido en esta direccion y luego que hubieron andado un poco, vieron una luz.

—¡Una aldea, una aldea! gritó el filósofo.

Su conjetura no fue engañosa porque pocos minutos despues llegaron á una pequeña granja compuesta de solo dos casas unidas por un mismo corral; en una de las ventanas habia luz y diez ó doce ciruelos estendian sus ramas por encima de las paredes. Mirando por las rendijas de la puerta, los estudiantes percibieron un vasto corral lleno de carretas de vendedores. En aquel momento aparecieron algunas estrellas entre las nubes.

—¡Bien, hermanos! dijo el filósofo, nos deben dejar que entremos.

Los tres estudiantes llamaron á la vez gritando á una: ¡abrid!

La puerta giró sobre sus goznes y los estudiantes vieron ante ellos una anciana vestida de pieles de oveja.

—¿Quién está ahí? dijo tosiendo.

—Déjanos pasar la noche en tu casa, buena mujer, porque nos hemos extraviado y es tan desagradable pasarla en los campos, como tener el estómago vacío.

—¿Qué clase de gente sois?

—Gente inofensiva; el teólogo Haliava, el filósofo Bruto y el retórico Gorobetz.

—Imposible, murmuró la anciana. Nuestras habitaciones están llenas de gente y todos los rincones de la casa demasiado ocupados. ¿Dónde he de ponerlos? Sois tan alto y tan grueso que podeis echaros la casa á cuestras. Conozco estos filósofos y estos teólogos, si una recibe en su casa á estos borrachos, lo devorarán todo y rompen cuanto encuentran. Marchad, marchad de aquí; yo no tengo casa para vosotros.

—Tened piedad de nosotros, buena mujer, y no dejéis perecer á almas cristianas; colocadnos donde querais y si hacemos algo, sea lo que quiera que os desagrada, permita el cielo que se nos sequen las manos.

La anciana pareció acceder á sus súplicas.

—Bien, dijo despues de un momento de reflexion; os dejaré entrar, pero os pondré á cada uno en un punto distinto porque yo no tendria tranquilidad si supiera que todos estábais juntos.

—Como querais, replicaron los estudiantes, nada tenemos que decir en contra.

La puerta crugió de nuevo y los estudiantes entraron en el corral.

—Bien, buena mujer, dijo el filósofo siguiéndola; ¿seria posible tomar algo? Me parece que siento correr ruedas de carreta en mi estómago.

—No, gritó la anciana, no tengo nada, ni un bocado; no he puesto mi puchero al fuego en todo el día.

—Os lo pagaríamos mañana, honrosamente en buena moneda corriente. Estad segura, podeis contar con ello.

—¡Andad y contentaos con lo que os he dado!

NICOLAS GOGOL.

(Se continuará.)

REVISTA DE MODAS.

¿Quereis saber, bellas lectoras, cuál es la moda dominante? Pues atended al estado de la política, y segun llamen la atencion estos ó aquellos sucesos en uno ú otro punto del globo, tales serán los nombres de vuestros trajes, de vuestros colores, de vuestros abrigos y sombreros.

¿Hay guerra en Prusia? ¿son esperadas con ansia en París las noticias de la insurreccion de la Polonia, ó prepara acaso el emperador Napoleon sus huestes para llevarlas á orillas del Rhin, donde tantas batallas se han dado y se han perdido y ganado tantas coronas? Pues los nombres de los vestidos, de las cintas, de las sedas, todo será ruso y polaco, nombres que no podreis pronunciar sin toser ó sin lastimar vuestros labios.

Ved lo que sucede ahora. Los colores de las telas de seda, por ejemplo, son *verde de China*, *verde imperial*, y *changhay*, porque los europeos, cabiendo en esto gran parte de gloria á los españoles, han batallado en Cochinchina y han humillado la altivez del Celeste Imperio. Se habla de *azul mejicano*, *azul de Méjico*, color *Habana* y *Veracruz*; ya adivinais que alude todo á la guerra de Méjico, á los aliados, á los acontecimientos que tanto han dado que hacer á muchos hombres políticos. Los colores *Aspasia*, *Octavia*, *Olimpo*, *Victoria*, *Orfeo*, *Ceniza de rosa*, y *Buckingham*, mas ó menos claros y nunca subidos, todos deben su origen á las reuniones de invierno, en que á veces un dicho agudo, una reticencia diplomática, ó una desgracia política, sirven de pábulo á mil diversas invenciones.

No parece sino que cansada la *moda* de sus incesantes caprichos, recurre á las cosas mas

sérias para encontrar nuevos elementos de gracia y de coquetería. Hasta hace poco el color grana demostraba interés por Garibaldi, el blanco por la cuestion romana; hoy el azul nos recuerda las cosas de Méjico. Y es que tanto ha divagado la imaginacion de esta deidad inconsecuente, que no sabe ya donde acudir en busca de atractivos y recientes encantos.

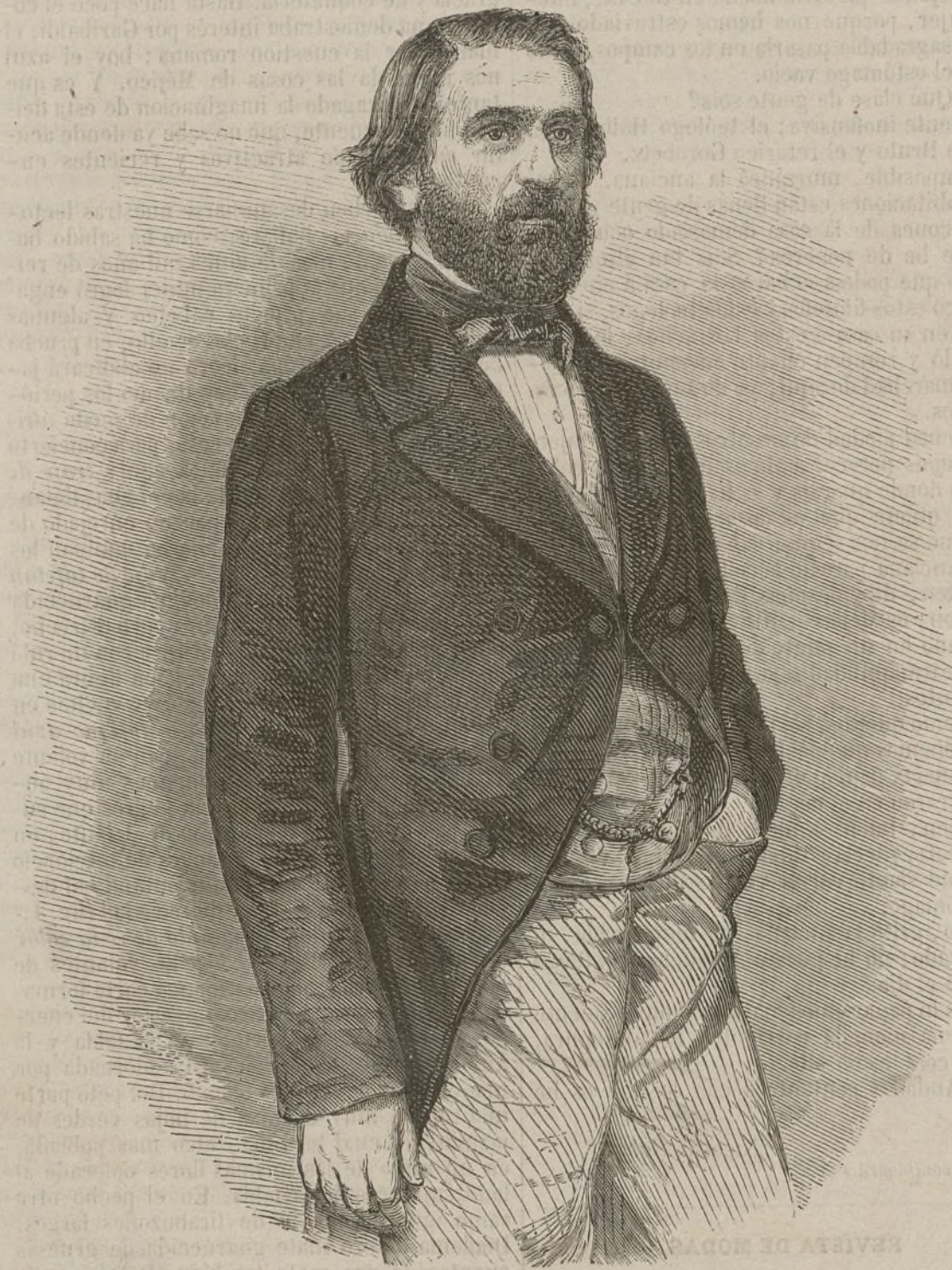
Pero no deben desanimarse nuestras lectoras: la *moda* los hallará, como ha sabido hallarlos durante mas de cinco mil años de reinado, desde que la primera mujer logró enganarse con sus propios cabellos y algunas hojas de árbol. Y en prueba de ello, en prueba de que deidad tan hechicera no abdicará jamás su poder absoluto, hoy mismo los periódicos parisienses indican como de moda *última* diversos trajes, ya para casa, para concierto ó baile, y para paseo. Hélos aquí: *traje de moer crudo*, con lo bajo de la enagua, delantero y corpiño adornados por un enrejado de cintas de terciopelo, que adorna tambien los hombros y las sobremesas. — *Traje de tafetan gris ceniza de rosas*, con enagua guarnecida con cuatro órdenes de guipur negro estrecho, puesto plano y cubierta la costura con un rulo de tafetan violeta, cuya guarnicion figura una berta cuadrada sobre el corpiño y vueltas en las mangas. — *Traje de moaré antique azul Méjico*, en forma de redingot, con un volante á cada lado encañonado á pliegues muy anchos, botones de pasamanería negros que suben hasta el cuello en el paño de delante, en cuyos lados se colocan losanges de terciopelo negro rodeados de encaje aumentando al descender de tamaño. — *Traje de sociedad* (fig. 1.^a de nuestro grabado), el *vestido de seda color de boton de oro*. Berta y los dos volantes de la falda de encaje blanco: manga corta formada por un bullon. La parte superior del cuerpo, el borde de la berta y de la falda y la union de todos los encajes está adornada por una cinta rizada de gró blanco. Del peto parte una ramita muy delgada de hojas verdes de jazmin, la cual termina, algo mas poblada, en un ramo de las mismas flores colocado al lado izquierdo de la falda. En el pecho otro ramo igual. Peinado de tirabuzones largos. Diadema de oro mate guarnecida de gruesas cuentas de oro mate tambien. Detrás de la diadema se coloca un grupo de plumas blancas. Pulseras iguales á la diadema, zapatos blancos bordados de amarillo. — *Traje de comida de confianza* (fig. 2.^a). *Vestido de paño de seda negro* con un volantito encañonado de la misma tela en el bordado de la falda. Peto, bajo de las mangas y dos tiras en la falda de tafetan blanco cubierto de guipur negro. Corbata abogado. Adorno de cabeza, de encaje negro y rosas encarnadas. — Estos dos últimos trajes tienen grande aceptacion en los circulos mas elegantes de la corte.

ADELA.

REVISTA DE TEATROS.

¡Verdi en Madrid! han dicho todos los periódicos; Verdi, han pronunciado todos los labios; Verdi, han anunciado todos los carteles. Y es que conocíamos á Verdi, es decir, en música, porque habíamos oído, y á veces incomparablemente bien desempeñado, *I Lombardi*, *Ernani*, *Attila*, *Macbeth*, *Nabuco*, *Rigoletto* y *Traviata*; sus mejores producciones se han llegado á popularizar en España, y desde la modesta guitarra del ciego que da conciertos al aire libre, desde el piano, nuevo símbolo de la felicidad doméstica, hasta los conciertos del régio alcázar y las partituras del Teatro Real, en todas partes se oía y se saboreaba, si se nos permite hablar así, las sublimes melodías del gran compositor italiano.

Pero se queria mas; se deseaba conocerle y aplaudirle, y Madrid ha visto realizados sus deseos coronando al célebre autor de *Nabuco* y de *Il Trovatore* y obsequiándole con lluvias



Verdi.

de flores y de poesías. Giuseppe Verdi habrá podido considerar su triunfo en Madrid aun como mas brillante que el que alcanzó en Florencia con el *Macbeth*, pues si allí se le ofrecieron coronas de laurel de oro y la multitud le acompañó á la salida del teatro, debe tenerse presente la exaltación de los espectadores por las alusiones políticas; cuando aquí, con *La forza d' il destino* no ha habido preveniciones de ningún género, sino aplausos atonadores cuanto espontáneos, dirigidos al genio del grande artista. Nuestros lectores ya saben con cuanto esmero fue presentada la ópera, con cuanta perfección y acierto la desempeñaron todos los artistas, los coros y la orquesta, mereciendo especialísima mención Mad. de la Grange, Fraschini y Giraltoni, como siempre espresivos, dramáticos é inspirados.

Siendo este el principal acontecimiento de los teatros de Madrid en los días que acaban de transcurrir, parecerá pálido cuanto digamos de los esfuerzos que los demás teatros han hecho para complacer á sus muchos favorecedores. En *Variedades*, Julian Romea y Emilio Mário han obtenido numerosos aplausos en la comedia de Scribe, traducida por don Ventura

de la Vega, *El Diplomático*, que hacia ya muchos años que no se representaba. En la misma noche y en el mismo teatro agradó la comedia en un acto y en verso, original del conocido poeta don Luis de Eguilaz, titulada *Los crepúsculos*. En ella desempeñó Mario con extraordinario éxito dos papeles.—En el *Circo* se representó, entre otras piezas, el drama original en tres actos y en verso *Estudio del Natural*, escrito por don Luis Mariano de Larra, y tal es el pensamiento que domina en la obra, tal es el talento dramático con que está desenvuelto el asunto, y tal fue la ejecución por parte de las señoras Lamadrid y Boldun, y los señores Arjona (don Joaquín) Ossorio y Valero, que todos fueron aplaudidos y llamados al palco escénico.—En el Príncipe han obtenido merecidos aplausos con *Cecilia la Cieguecita*, doña Matilde Díez y los señores Catalina y Pizarroso; así como han sido aplaudidos estos últimos actores y las señoras Muñoz, Tenorio y Dansant, en la comedia original de don Emilio Mozo de Rosales, titulada *Misericordias de la aldea*.

Esméranse, en fin, todos los teatros en merecer al favor del público, ya que pronto con

las solemnidades de la Semana Santa quedarán cerradas sus puertas, mientras en los templos se celebrarán los grandiosos misterios de aquel terrible drama que comenzó en Belén y terminó en la cumbre del Calvario.

BONIFAZIO STIFFELIO.

ACTUALIDADES.

Suspendidas las sesiones de la Academia de Arqueología en los dos meses anteriores por estar ocupada en la reorganización de sus diputaciones, y en otros trabajos cuyo despacho dependía de comisiones, empezará á celebrar sesiones este mes teniendo lugar en la primera la lectura de la necrología del académico benemérito el señor cardenal don Manuel Tarancon, arzobispo de Sevilla, y la de el señor marqués de Nibbiano, presidente de la diputación arqueológica de Zaragoza; cuyas necrologías leerán sus autores los académicos don José Pulido y Espinosa y el señor duque de Baena, presidiendo la sesión como de costumbre S. A. R. el señor infante don Sebastian de Borbon.

Abriendo el ferro carril del Norte sus viajes de recreo en los días festivos, á precios sumamente reducidos, aumenta considerablemente la afluencia de gentes al Escorial, que de continuo visitan aquella no en valde llamada octava maravilla. La estación, por otra parte, convida ya al propio tiempo para las giras y escursiones campestres, pudiendo regresarse á Madrid en hora conveniente.

Los discursos pronunciados últimamente en la Real Academia Española por los señores Gonzalez Brabo y Nocedal, de entrada y contestación respectiva, son de los mas notables que se han pronunciado en lo que va de siglo, como puede convencerse cualquiera que recorra todas las memorias hasta aquí leídas. En ellos llaman la atención no pocas grandes ideas que, emitidas por los dos ilustres oradores, dan un solemne mentís á muchas preocupaciones de nuestra sociedad y de nuestra época.

El señor don Narciso Serra, mas aliviado de su grave dolencia, está escribiendo, con destino al teatro del Príncipe, una comedia en tres actos y en verso que titula *El amor y la Gaceta*.—Con el título de *Recompensa á la virtud*, se ha presentado ó va á presentarse en breve á la empresa del teatro de Novedades una comedia en un acto, escrita espresamente para la simpática niña Matilde Franco.—Ha sido aprobada por la censura la comedia que, con el título de *Mentiras graves*, se viene anunciando en el teatro del Circo.

Algunos de nuestros colegas ha combatido el nombramiento del joven diputado señor Fuente y Alcázar para sub-secretario del ministerio de Gracia y Justicia, fundado solo en su juventud. A nosotros, sin conocer siquiera al nuevo sub-secretario, nos parece todo lo contrario, estando dispuesto el SEMENARIO POPULAR á defender cuantos nombramientos recaigan en hombres jóvenes con tal que á su idoneidad reunan los requisitos de integridad, energía y actividad á toda prueba.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estrasjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.